

Decálogo de nuestra espiritualidad

CENTRO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

El Centro de Espiritualidad Ignaciana (CEI), es una institución fundada en 1983 con el fin de reflexionar y difundir la espiritualidad de San Ignacio y que contribuye a la animación de todas las obras de la Provincia Chilena de la Compañía de Jesús. Le hemos pedido esta colaboración que resume brevemente los grandes principios de la enseñanza ignaciana que siguen inspirándonos. En diez puntos se presenta lo que es la razón de ser, el alma y explicación de nuestra larga historia de cuatro siglos.





1. Búsqueda apasionada de la voluntad de Dios y de la unión con El como único absoluto. Dejarse «regir de su divina mano». Discernir y cumplir su voluntad. Aprender a «amar a Dios en todas las cosas y a todas en El», de modo que las cosas, la gente, la acción, aun los conflictos, nos puedan llevar al Señor y nos hagan crecer en El.
2. Conocimiento personal de Cristo, para un amor y un seguimiento también muy personal. Estar con El y como El en el designio del Padre, en la tarea de su Reino.
3. El «magis» (=más): el deseo sostenido de conocer más, amar más y servir mejor al Señor, de hacer lo mejor que se pueda a medida que se pueda. Poner el mayor empeño y usar los mejores medios para el fin (intermedio) claramente discernido como mejor, y para el fin último, la «mayor gloria de Dios».
4. Atención simultánea al bien más universal y a la tarea inmediata. Ir paso a paso con la paciencia del Dios Creador, pero no contentarse con poco, con lo más fácil, lo más cercano. Metas grandes inspiradas por Dios y medios concretos al alcance. Disponibilidad interior (libertad) y exterior (movilidad) al servicio de la misión.
5. Amor -y obediencia- a la Iglesia real. Servir en y con la Iglesia (esposa de Cristo), sufrir y alegrarse con ella y por ella, por fidelidad al Espíritu que la rige.
6. Deseo de «ayudar» al hombre entero: ser «cooperadores de la creación y la redención». Y, para eso, escucha y respeto de personas y pueblos. Simpatía y sintonía con todo lo humano y lo creado. Confianza honda en lo profundamente humano (lo bello, lo justo, lo verdadero) porque viene de Dios y lleva a El. Uso realista, recto y sobrio, de las cosas y las mediaciones humanas (estudio, competencia, trabajo).
7. Gran libertad personal para la iniciativa (según el carisma propio y la situación), pero combinada con el sentido de cuerpo (vivir bajo la «ley de amor y caridad», en la «unión de los espíritus», en la obediencia para la misión). Capacidad de discernir los signos de los tiempos y flexibilidad para seguir los llamados concretos de Dios.
8. «En todo amar y servir»: amar con hechos se traduce en servicio, sin temor a perderse. Seres amar y entregarse. Esto significa ser un verdadero contemplativo en la acción.
9. Servicio cercano y desinteresado a los pobres y necesitados; y trabajo apostólico con los constructores de la sociedad (que es una acción eficaz y multiplicadora) en la promoción de la justicia y de una cultura solidaria. Sintetizar armoniosamente el Servicio de la Fe y la promoción de la justicia.
10. Cultivar «devociones sólidas»: a la Santísima Trinidad, a la Eucaristía, al Corazón de Cristo, a la Virgen María, nuestra Señora. Gran aprecio, en la oración y fuera de ella, por los medios simples para llegar a Dios. ■